



AINKAA

Revista de Estudiantes de Ciencia Política
Volumen 4 - N° 7 / e-ISSN: 2590-7832
Enero - junio de 2020

Big Data: ¿se puede predecir la incertidumbre humana?

María Fernanda Arango Salazar
Universidad Nacional de
Colombia, Sede Medellín





AINKAA

Big Data: ¿se puede predecir la incertidumbre humana?

María Fernanda Arango Salazar¹

“El caos es un orden sin descifrar”

José Saramago, 2002

Resumen

El presente ensayo interpretativo pretende señalar y reflexionar sobre las complejidades epistemológicas que presupone el uso de la herramienta del Big Data para predecir el comportamiento humano. La cantidad inmensurable de datos que existe hoy en día nos presenta la oportunidad de profundizar nuestro conocimiento sobre los sistemas de información, las personas y los fenómenos socio-políticos que moldean el devenir de nuestra existencia. Sin embargo, al centro de estos objetos de estudio se encuentra la naturaleza emocional, multifacética, e impredecible del ser humano que resiste a ser tratado como un simple conjunto de datos cuantificados. Por tanto, este ensayo propone evitar la simplificación de la esencia del individuo, para evitar la creación de un conocimiento fragmentario o, inclusive, erróneo de nuestro entorno y de nosotros mismos.

Palabras clave: Big Data, ciencia política, emoción, redes sociales, predicción.

1. Estudiante de pregrado de Ciencia Política, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Bachiller de la Academia Británica Cuscatleca en El Salvador. 333mfa@gmail.com

En el centro neurálgico de toda disciplina yace el deseo por descifrar lo desconocido y adquirir el conocimiento absoluto. La naturaleza curiosa e inquisitiva del ser humano lo ha llevado a un estado de constante estudio; en el cual puede indagar, seleccionar, diseccionar y clasificar todo lo que le rodea, para así evitar precipitarse por el borde de lo desconocido y adentrarse por otro lado en las comodidades del terreno del saber. A pesar de que a lo largo de los años el ser humano ha logrado dotar de sentido a la realidad que le rodea, precisamente el conocimiento de sí mismo se esfuma por las rendijas de su mente, resistiéndose a ser clasificado y tipificado. El humano es una de las criaturas más abigarradas, complejas e impredecibles que se pueda observar y, mucho menos, comprender. Hay instantes en que los pensamientos racionales no concuerdan con sus acciones; mientras que, otras veces, múltiples actitudes conllevan a una sola acción que es diametralmente opuesta a la pulsación emocional que le subyace. Pareciera que, dentro de cada ser humano, mora otra criatura —ni más ni menos que la emoción misma— la cual teje las dimensiones del ser y del deber ser, moldeando una identidad tornasolada que troca de forma, ya sea por volición propia o por influencias ambientales. En medio de esta resultante concatenación de la racionalidad y el ímpetu emocional del ser, el hombre corre desaforado por tratar de entender quién es, qué es lo que quiere y qué es lo que yace debajo de esa carcasa de carne y hueso. Indudablemente, la tecnología se ha vuelto en la herramienta

más poderosa para la adquisición de este conocimiento, y, en la era actual del Big Data, todo incógnito pareciera ser visible y hasta previsible.

Privacidad, premeditación, predicción

A partir de la actual capacidad para el análisis de cantidades inmensurables de datos, lo privado se ha combinado con lo público y, en los últimos años, la visibilidad de esta información ha servido incluso a fines políticos de legitimidad cuestionable. A pesar de que el manejo ético del Big Data es una discusión polémica, la verdadera pregunta concierne a la predicción precisa del comportamiento humano. Claramente el conjunto de preferencias, disgustos y opiniones expresadas en la red son un atisbo del comportamiento e ideas del consumidor en la vida real. Son datos que luego son analizados para orientar a instituciones y colectivos en sus decisiones empresariales y políticas, adecuándolos a los patrones conductuales previamente identificados.

En el campo de la ciencia política, el Big Data ha formulado tres debates relacionados con “aspectos que se vinculan al demos y a cuestiones relativas a la representación” (Alcántara, 2017, p. 18). El primer debate se pregunta si existe un hilo conductor entre la(s) identidad(es) en el ejercicio de una ciudadanía, y cómo este se representa políticamente en las comunidades virtuales sin necesidad de un intermediario empírico. El segundo cuestiona el propósito de la recolección de datos, ya

que “no se trata de acumular datos porque sí sino de hacerlo de una manera ordenada y con una finalidad concreta” (Alcántara, 2017, p.18). En tercer y último lugar, surge el interrogante si y cómo se deben sujetar los mecanismos de inteligencia artificial a cargo de la formulación de políticas públicas a un proceso de auditoría pública permanente. En línea con estas preguntas y, específicamente en el primer debate, vale la pena reflexionar si ¿se pueden formular normas de comportamiento fidedignas a partir de un hilo conductor existente entre un caos de datos en continuo cambio? y, ¿se puede determinar la identidad de un ciudadano con base a su actividad y participación en las redes? ¿Puede el Big Data demostrarnos solo lo que los data revelan, o también lo que yace oculto detrás de los datos silenciosos? y, en el momento del análisis, ¿podemos abandonar la costumbre de fijarnos solamente en lo que confirma nuestro conocimiento para ver lo que confirma nuestra ignorancia?

Cambios de paradigma

Con el advenimiento de la revolución tecnológica, se han alterado tanto las vías de comunicación entre el Estado y la sociedad civil, así como las relaciones de poder entre estos dos actores políticos. Tal como lo manifiesta Alcántara, con base en los argumentos de Eric Hobsbawm, a partir de la década de 1970 se dieron una serie de transformaciones económicas y culturales que paulatinamente tuvieron un impacto en el orden político. La caída del socialismo real, el mundo de las nuevas

tecnologías, y el fortalecimiento del espíritu individualista neoliberal introdujeron temas nuevos y modificaron temas viejos que redefinieron el papel del Estado, las identidades individuales y colectivas, y reformularon las ideas de un orden global y el funcionamiento de la democracia (Alcántara, 2017). La teoría del Estado como un Leviatán omnipresente y omnipotente ha sido puesta a prueba en los últimos años, resultando en novedosas reflexiones sobre cuál debe de ser el rol del Estado en el funcionamiento político y económico de la sociedad. La fuga de información gubernamental, como lo han sido *WikiLeaks* y el caso Snowden, pueden ser considerados como los vaivenes de un juego de subibaja. La posición de poder y soberanía incuestionable del Estado se ha visto desafiada, alterando el equilibrio de poder entre los ciudadanos y el Estado, demostrando tácitamente que el poder estatal no es más que el constructo de un acuerdo colectivo que puede ser revocado a partir del momento que dichas consonancias cambian de orientación y contenido. Un claro ejemplo de este desafío al poder despótico del Estado fue la Primavera Árabe de 2011 en que poblaciones, desde Túnez hasta Omán, abogaron por la defensa de sus derechos políticos después de décadas de represión y gobiernos dictatoriales. Aunque la legalidad y rectitud de las acciones de individuos como Assange y Snowden son controvertidas, las mismas dieron inicio a una era de interrogantes políticos sobre cuál es el rol del Estado y hasta qué punto los derechos del ciudadano le permiten difuminar la

línea entre asuntos de índole pública y privada ¿tiene el Estado el derecho a controlar y monitorear los medios de comunicación basándose en el argumento de salvaguardar la “seguridad nacional” y la defensa del bien común? ¿Puede, entonces, de igual manera, el ciudadano común inferir que todo documento estatal, al estar relacionado con su bienestar individual, le es obligación y derecho conocerlo? Por lo tanto, ¿puede trazarse una línea definitiva entre el conocimiento público y privado, o nos corresponde idear nuevos criterios de clasificación socio-política?

Así como las relaciones de índole política se han visto afectadas por la tecnología, de igual manera las relaciones humanas han trocado de forma y sustancia. Las interacciones físicas entre personas han sido suplantadas por los encuentros virtuales, la intromisión de las redes sociales y la permuta de mensajes entre celulares en cifras de segundos. Ciertamente, la tecnología ha logrado construir un imaginario convincente en el cual las distancias pierden su rigor geográfico, plegando el binomio de la espacialidad y la temporalidad para que las personas puedan estar en contacto sin la necesidad de una conexión sustancial. No obstante, por más eficaces que puedan ser estas suplencias, la tecnología de la denominada cuarta revolución no puede llegar a reemplazar o imitar fielmente aquellos fenómenos inherentemente humanos, como la empatía, la honestidad y la sensibilidad. Hoy en día tenemos al alcance más herramientas que hace 50 años para estar en contacto con más personas, para compartir más y

socializar por más tiempo, logrando controlarlo todo a través de una cuenta de usuario que solamente requiere de nuestra imaginación para inventar una contraseña de ocho caracteres. Pero es hoy en día cuando nos sentimos más solos, cuando los valores son estantiguas que se esquivan, cuando se nos dificulta decir lo que verdaderamente sentimos, y palpamos un impenetrable artificio al estar con los demás. En esos momentos, la vida nos golpea y nos pregunta: ¿tanta cultura, tanto progreso, y para qué? Y así, de repente, toda esa tecnología y conocimiento no nos sirve de nada. De la misma manera, la cantidad de información que nos puede proveer el Big Data no tiene ninguna utilidad si solamente la acumulamos porque sí. A pesar de que tener acceso a todo ese conocimiento es un prospecto tentador, por el poder político y económico que puede ofrecer, debe aproximarse y tratarse con un propósito en mente, desprovisto de intereses egoístas e intenciones corruptas, para que ese cúmulo de datos pueda ser un instrumento valioso para la sociedad.

Nuevas formas de participación y reflexión política

El cuestionamiento de lo público-privado también se encuentra aunado al vuelco que han sufrido las interacciones humanas, dado el predominio de plataformas sociales como los nuevos medios de comunicación, incluyendo el celular, las famosas aplicaciones y las ubicuas redes sociales.

Hoy en día ya no es necesario participar explícitamente y estar presente físicamente en la sociedad para tener un impacto en ella. La famosa idea del ágora griega en la cual se discutían las ideas y rutas de acción abiertamente, se ha visto transformada y desplazada a una interacción de opiniones en códigos y abreviaciones lingüísticas –muchas veces indescifrables– en una pantalla táctil protegida por una película de vidrio templado, desde la cual una persona puede conocer e influenciar al mundo que habita, sin la necesidad de dar a conocer su verdadera identidad. Los famosos hackers de la comunidad *Anonymous*, iniciada en 2006, son individuos que funden sus identidades individuales para equipararlas con su objetivo político de crear una conciencia masiva sobre las prácticas corruptas de ciertas organizaciones mundiales. El público general no conoce los nombres de los peones detrás de este movimiento, pero no por falta de identificación particular dejan de influenciar las dinámicas sociales a su alrededor. Esta nueva forma de participación política implica una nueva manera de repensar la ciencia política.

La relación entre el Estado y la sociedad civil está mediada cada vez menos por las instituciones y partidos políticos, sustituyéndose con la tecnología y el internet, cambiando las interrelaciones y comportamientos entre actores políticos (Alcántara, 2017, p. 10). Por tanto, el propósito investigativo de la ciencia política ya no se enfocaría en descubrir las relaciones causales de fenómenos políticos, sino, también, en descifrar los procesos que ligan las causas con sus resultados. Verbigracia, si

los movimientos sociales tienen un objetivo general en común –la transformación social– ¿cómo y por qué diferentes rutas de acción pueden lograr los mismos fines pero, a veces, diferentes resultados? Si el *Big Data* sirve como una herramienta de construcción y reformación social, ¿cuánta y qué tipo de información es necesaria para lograr un cambio? y, últimamente, ¿deben los fines justificar los medios?

Otro cuestionamiento importante del uso del *Big Data* concierne la calidad de interpretación de los datos recolectados y nuestras habilidades analíticas. Como menciona Alcántara en su escrito, “no se trata de acumular datos porque sí, sino de hacerlo de una manera ordenada y con una finalidad concreta” (Alcántara, 2017, p. 18). Es cierto que el *Big Data* permite extraer información de los rincones más recónditos del ámbito personal de un individuo; pero estas particularidades no tienen ningún valor agregado si no se someten a una serie de filtros que permitan dotarlos de utilidad para estrategias empresariales y políticas. Por ejemplo, si los historiales de compras de libros demuestran un alza en guías turísticas de Europa, las agencias de viajes y aerolíneas pueden tomar esta información y lanzar ofertas de viaje hacia el continente europeo, basando sus estrategias de venta en las tendencias evidenciadas por los consumidores. Al principio, el historial de compras solamente revela lo que es –una memoria sistematizada de elecciones del consumidor– que, al ser analizada, trasciende su estado actual para convertirse en una herramienta económica de predicción del comportamiento humano. No

obstante, ¿qué nivel de certitud existe de que dicho consumidor se comportará de cierta manera en el futuro cercano? Una de las características principales del ser humano es su ambigüedad conductual que rebasa los límites de la cuantificación. Es más, una de las discusiones más perennes de la ciencia política concierne la orientación de su técnica, alternando entre métodos cuantitativos e investigaciones cualitativas. Aunque la utilidad de variables matemáticas y estadísticas en la investigación política es innegable, la complejidad de la naturaleza humana demanda unos parámetros de interpretación multifacéticos que eviten generalizar y simplificar al humano, permitiendo comprender a profundidad sus comportamientos y motivaciones. Pero antes de alcanzar ese saber tan altamente deseado —si es posible obtenerlo— tenemos que preguntarnos, al igual que Sartori, ¿conocimiento para qué?, ¿tan sólo por el conocimiento en sí? (Sartori, 2005, p. 11).

En nuestra desenfrenada carrera contra la ignorancia, hemos olvidado la razón por la cual empezamos a correr al inicio. Independientemente de las digresiones sostenidas sobre la metodología o el enfoque de la ciencia política, el verdadero significado de una disciplina yace en su utilidad para comprender, solventar y evitar conflictos que, fundamentalmente, conlleve al bienestar individual y social. Por lo tanto, antes de emprender la tarea de acumular y clasificar datos, cuestionemos la motivación que alimenta nuestros impulsos para evitar la búsqueda del poder por el poder, del conocimiento por el conocimiento, e impedir devenir en esos hombres huecos

descritos por el poeta americano T. S. Eliot en 1925 como si fuera hoy:

*“Figura sin forma, sombra sin color,
Fuerza paralizada, gesto sin movimiento”*

Otra cuestión que merece ser considerada es si el *Big Data* permite la predicción de lo impredecible, lo improbable y lo azaroso. El *Big Data* recoge una serie de datos según lo que se puede detectar, según la información escrita en los perfiles en las redes sociales, en comentarios concernientes a videos en YouTube y fotos en Instagram, en historiales y listas de descargas, entre otros. Sin embargo, ¿podemos detectar y predecir lo que no conocemos? Según la lógica del ensayista libanés, Nassim Nicholas Taleb, existen fenómenos que pueden clasificarse como Cisnes Negros, estos sucesos son raros ya que habitan fuera de las expectativas normales, producen un impacto trascendental y tienen una predictibilidad retrospectiva, mas no prospectiva (2008). La mayor parte de la historia se ha construido con base en Cisnes Negros, evidenciando la incapacidad del ser humano de predecir el curso de la historia. Algunos ejemplos incluyen la serie de guerras mundiales del siglo XX, el ascenso de Hitler al poder, la desaparición del bloque soviético, la propagación del internet y el éxito descomunal de Google. Se podría argumentar que, en la era moderna actual, los recursos tecnológicos pueden ayudar a detectar los Cisnes Negros y predecir su ocurrencia, sin embargo, el *Big Data* se centra en clasificar información según patrones que obvian peculiaridades y desviaciones de la norma,

olvidando que las interacciones entre estas ‘anomalías’ son las que determinan la ocurrencia de sucesos sociales. Tal como escribe Taleb, “casi todo lo concerniente a la vida social es producto de choques y ciertos saltos raros pero trascendentales; y pese a ello, casi todo lo que se estudia sobre la vida social se centra en lo ‘normal’” (Taleb, 2008, p. 32). Por tanto, tenemos que enfocarnos más en la búsqueda del anticonocimiento —aquello que no sabemos— que en explorar lo conocido. El *Big Data* nos puede revelar tendencias, estadísticas y casos paradigmáticos, pero ¿qué nos quieren demostrar los datos irregulares que se desvían de la regla? Así como nos afanamos por clasificar datos similares en parcelas del conocimiento estandarizadas, procuremos mirar aquello que confirma nuestra ignorancia. Habitemos en esa incomodidad epistemológica para diferenciar lo que sabemos de lo que ignoramos y ampliar las fronteras entre nuestra realidad y percepción, abandonando la búsqueda de cosas ya sabidas para recordar todo lo que desconocemos. Solamente a través de la aceptación de nuestro anticonocimiento podremos imaginar y adentrarnos en el campo de lo imposible, desafiar los límites de lo conocido y conocer verdaderamente de lo que somos capaces de lograr.

Consideraciones finales

A modo de conclusión, no sería extraño conjeturar que la tendencia del *Big Data* seguirá creciendo y continuará mutando en

sus capacidades como herramienta política y mercantil. No obstante, en vez de fijarnos en las tendencias actuales, debemos imaginar qué podría suceder si ocurriera lo contrario a lo esperado ¿podría el *Big Data* algún día volverse obsoleto y ser sustituido por un instrumento tecnológico de mayor utilidad? Es más, ¿puede el *Big Data* cumplir su visión de predecir la conducta volátil del ser humano? La identidad del ser humano no puede ser circunscrita a un conjunto de variables estáticas inmunes a los cambios exógenos y mutaciones endógenas del ser. A medida que el hombre recorre su vida, su identidad cambia con él. Por tanto, para que disciplinas como la ciencia política, y mecanismos analíticos como el *Big Data* logren ser de utilidad, deben mantenerse al ritmo de los cambios sociales que transcurren diariamente. En vez de constreñir las dimensiones de la investigación científica a parámetros inmutables, adecuándola a lo que conocemos y podemos predecir, adoptemos el riesgo de adentrarnos en el terreno de lo desconocido. Detengámonos en el borde de ese precipicio intimidante para ver, en medio de esa profundidad insondable, la belleza de la insignificancia de nuestra existencia y el valor de nuestra falta de conocimiento. Desistamos en seguir engañándonos que sabemos más de lo que conocemos y, en vez, sigamos explorando la gestante infinidad del espacio y del tiempo, no para hacer algo con ella, sino para ser alguien dentro de ella.

Referencias

- Alcántara, M. (2017). La ciencia política en el primer cuarto del siglo XXI. *Revista Bolivariana de Ciencia Política*, 1(1), 7-23. Recuperado de: <https://www.americo.usal.es>
- Ap, I. D. y Eliot, T. S. (1951). *The Hollow Men*. Londres: Oxford University Press.
- Saramago, J. (2014). *El hombre duplicado*. Nueva York: Penguin Random House.
- Sartori, G. (2005). ¿Hacia dónde va la ciencia política? *Revista Española de Ciencia Política*, 12, 9-13. Recuperado de: <https://www.recyt.fecyt.es>
- Taleb, N. (2008). *El cisne negro*. Barcelona: Paidós.

AINKAA 